

# CAPÍTULO XIV

EL CONVENTO DEL SANTO SEPULCRO

I

## El régimen celular.

El local habitado por los Franciscanos en las dependencias del Santo Sepulcro nada tiene de común con los conventos de las más austeras corporaciones monásticas, por horribles que se les quiera suponer. No es un eremitorio, porque un eremitorio supone el aire y la luz; ni tampoco una cartuja, porque en estos asilos, separados del bullicio del mundo, hay al menos las comodidades cenobíticas en relación con su regla: es una sombría y estrecha prisión, sin otra puerta que la del templo, guardada siempre por turcos que exigen un tributo por cada vez que la abren.

Cuando queda cerrada la puerta, los religiosos reciben la comida por un ventanillo abierto en ella, ni más ni menos que si fuesen presidiarios.

No hay en este convento un claustro siquiera en donde poder moverse, ni una ventana que dé á la ciudad ó al campo, ni una pulgada de jardín, ni un triste patio en donde poder respirar un poco el aire libre. Tampoco hay corredor alguno, ninguna simetría, ningún orden arquitectónico. Algunas celdas están completamente á obscuras, necesitando, por consiguiente, sus moradores de luz artificial hasta en medio del día. Otras son tan húmedas, que destilan agua por todas partes, aun en el mes de Agosto. Todas están ennegrecidas, ya por el humo, ó bien por la humedad. Tienen el piso de un mal betún, puertas y ventanas viejísimas, con las que armoniza perfectamente el mobiliario, que consiste únicamente en una miserable silla, una mala mesa y una pobre cama formada con tres duras tablas.

II

Otra vez el emperador de Austria.—La guardia de honor.

Cuando visitó el emperador de Austria, en 1869, el convento del Santo Sepulcro, quedó tan sorprendido de este exceso de pobreza, que exclamó, todo conmovido: «Mis presos, condenados á cárcel perpetua, están mejor alojados que los Franciscanos.» El grande y piadoso Soberano obtuvo del Gobierno turco algunas concesiones, la principal de las cuales fué el sustituir por un terrado una cuadra de caballos perteneciente á los santones musulmanes, que se hallaba encima de la capilla franciscana. Los animales, golpeando sin cesar el piso, bastante poco seguro, no sólo turbaban á los religiosos en el oficio divino, sino que los ponían á peligro inminente de ser aplastados bajo las ruinas de su santuario.

Las menores reparaciones cuestan aquí sumas enormes, y los frailes Menores hubieran edificado un magnífico palacio con el oro que han dado á los turcos para obtener el permiso de conservar esta miserable mansión, que les es de todo punto indispensable para que la Iglesia católica esté dignamente representada en la Tumba de Cristo.

Doce religiosos velan constantemente alrededor del Santo Sepulcro, como una guardia avanzada, como centinelas perennes, que se colocan allí y se relevan sucesivamente. Su permanencia en este lugar augusto no se prolonga de ordinario más de cuatro meses, y á pesar de todo enferman bastantes á causa de la insalubridad del lugar, de la privación del sueño y

de las excepcionales fatigas de las santas ceremonias. Sin embargo, muchos, y nosotros conocemos algunos, permanecen allí voluntariamente años enteros. El P. Ezequiel, vicario de coro, estuvo veinte años sin salir; Fr. José Valverde, sacristán, el mismo espacio de tiempo. Otro sacristán llamado Fr. Santiago Carini, cuya memoria estaba todavía muy fresca cuando llegamos á Jerusalén, diez y nueve, y no salió sino para ser llevado á la enfermería de San Salvador, en donde murió. Fué, no sólo llorado por sus hermanos en religión, á quienes tanto había edificado con su vida penitente y laboriosa, sino sentido también hasta por los mismos cismáticos, de quienes había llegado à conquistarse el afecto por su prudencia en alejar todas las ocasiones de conflicto. Su sucesor, Fr. Juan Corominas, de la provincia observante de Francia, sigue desde hace más de quince años las mismas tradiciones de virtud y austeridad y da los mismos ejemplos de conciliación y de firmeza.

Seguramente que es gran cosa el heroismo del guerrero en el campo de batalla, y debe admirarse, por consiguiente, con justísima razón, al ilustre Godofredo y compañeros arrancando de las manos de los infieles la tumba profanada de Cristo; mas el heroismo oculto de los Franciscanos, luchando denodadamente sin brillo y sin recompensa terrena, pero con un valor nunca desmentido por su conservación, no es menos digno de estima, ni merece menos respeto y veneración.

III

Los oficios. - Las dos horas de libertad.

La jornada de nuestros religiosos en el Santo Sepulcro comienza á media noche con los Maitines. En las grandes festividades se cantan con acompañamiento de órgano, y al Benedictus van los Padres en procesión solemne á incensar la Sagrada Tumba. Suelen ser ya las dos de la mañana cuando quedan libres para poder volver á acostarse, pero son tenidos por felices aquellos que, sordos á las gangosas voces de los griegos y á los ruidosos instrumentos de los armenios, logran el volver á coger el sueño. La hora de levantarse de nuevo es regularmen-

te á las cuatro y media. Y digo regularmente, porque tampoco faltan excepciones. Cuando los griegos ó armenios quieren cantar la Misa por los de su respectiva nación, al apuntar el día, los latinos se ven precisados á comenzar sus augustas ceremonias á las tres, á fin de terminarlas para la aurora. Cada dia se celebran tres Misas solamente en el Santo Sepulcro, dos rezadas y la conventual que es cantada. Las restantes se dicen en otros altares de la Basílica, como el de la Crucifixión, la Dolorosa, invención de la Cruz, etc., etc. Terminadas las Misas rezadas, se dirigen los Padres á coro para rezar ó cantar el Oficio y hacer la meditación. A cosa de las diez ó diez y media van del coro à refectorio, adonde ciertamente no los atrae el delicado sabor de los manjares. La comida se les envía de San Salvador, como se ha dicho, y el poco gusto que podía tener lo pierde por tener que comerla medio fria o recalentada. Entre la comida y las Visperas, que son á la una, se les permite un poco de recreo, que consiste en una conversación monástica, y otro rato de descanso. Antes de Completas tienen dos horas de libertad, que emplean en sus estudios privados cuando el extremo cansancio ó el Oficio de difuntos que rezan con frecuencia, no se lo impiden.

### IV

La procesión de la tarde.—Desde la Columna de la flagelación al Gólgota.

A las cuatro se cantan Completas, á las que sigue la procesión por los doce santuarios de la Basílica que recuerdan los misterios de la Pasión.

Después de haber venerado la columna de la flagelación (1), sale el cortejo de la iglesia latina, pasa bajo la sombria rotonda llamada los Siete arcos de la Virgen, y se dirige á la Prisión en que Jesús fué encerrado mientras se disponían las cosas para su suplicio. Visita después sucesivamente las capillas de la División de las vestiduras, Coronación de espinas, la cripta de Santa Elena, en donde fué hallada la verdadera Cruz, y sube, finalmente, al Calvario. Nada puede darnos idea del carácter grave y un tanto lúgubre de esta procesión. Los religiosos y los fieles marchan lentamente, alumbrados por la macilenta luz de los cirios, cantando himnos de sublime poesía, pero con dolorido ritmo. Muchos de los peregrinos lloran de compasión, pues no parece sino que se asiste á los funerales de Cristo.

#### V

### De la Cruz al Sepulcro.

En llegando á la cima del Gólgota, recita el celebrante este pasaje de San Lúcas: «Siendo ya casi hora de sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona. Y se obscureció el sol, y el velo del templo se rasgó por medio, y Jesús,

San Agustín. En los últimos años que habitaron los Franciscanos el Santo Cenáculo, la rompieron los mulsumanes; pero nuestros religiosos recogieron respetuosamente los pedazos y colocaron el mayor de todos en uno de los altares de la capilla edificada en la Basilica del Santo Sepulcro, sobre el lugar mismo en que Nuestro Señor se apareció á su Santísima Madre.

Bonifacio de Ragusa, Custodio de los Lugares Santos, le dedicó este altar en 1533, y la hizo resguardar con dos fuertes rejas de hierro para sustraerla de este modo de las profanaciones de los infieles y también de la piedad indiscreta de los fieles. Envió después un fragmento al Papa Paulo IV, otro al rey Felipe II y un tercero á la república de Venecia, en donde se venera todavía hoy en la iglesia de San Marcos.

Esta columna es de pórfido y tiene como unos 75 centímetros de altura. El miércoles Santo se abren las verjas y se permite al pueblo venerarla más de cerca y aun besarla.

Inútil parece decir que no debe confundirse la columna de la flagelalación con la que se encuentra en Santa Práxedes de Roma. Según una tradición oriental, esta última sería aquélla á que Nuestro Señor fué atado en la casa de Caifás la noche del jueves al viernes de su Pasión.

Fué trasladada del Monte Sión á Roma por el Cardenal Colonna en 1223. — (Véase Fr. Liévin, *Guia de Tierra Santa*, parte 1.ª, pág. 238.)

<sup>(1)</sup> Esta columna fué transportada por los primitivos cristianos del lugar en que Nuestro Señor fué azotado á la iglesia del Cenáculo. En otro tiempo sostenía el pórtico de este templo, y allí fué donde la veneró San Pablo. Muchos entre los que han escrito de Jerusalén, Arculfo entre otros, (siglo vii), declaran haberla visto en el Cenáculo. Desde el siglo xiii está en poder de los frailes Menores, que la recibieron de los canónigos de

dando una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto expiró.»

Al terminar estas palabras todos caen en tierra, pegan sus labios con el suelo y quedan por algunos minutos en triste y

profundo silencio.

Del Calvario se desciende á la Piedra de la Unción; y apenas terminada la conmemoración del embalsamamiento de Cristo, nos invitan los cantores á que nos despojemos de los vestidos de duelo y convirtamos los llantos en gozo. Se avanza cantando el himno de Resurrección, y á la entrada del Sepulcro glorioso se cree ver el Angel vestido de blanco, resplandeciente de luz y diciendo á las santas mujeres: «Jesús, á quien buscáis, no está aquí, ha resucitado como lo habra predicho, y va delante de vosotras á Galilea, en donde le vereis.» Mientras que habla el Angel, cantan los coristas Surrexit Dominus de Hoc sepulchro alleluia. Todo el coro aplaude tan alegre nueva, y canta el alleluia, que repiten los ecos de la Basilica.

A pocos pasos de la Tumba, se encuentra el sitio en que se apareció Jesús á la Magdalena en figura de hortelano, y en donde exclamó iluminada por el Salvador: «Maestro.» Como Magdalena, se querría besar los pies de Jesús, pero se nos dice también como á ella: Noli me tangere, no me to puéis, y se nos muestra el camino del cielo, adonde es preciso subir antes de

gozar de la visión beatífica.

VI

Las Letantas.—La colación.

Se suben en seguida algunas gradas y se llega á la capilla de la Aparición, en donde vió María por primera vez á su Hijo resucitado. Allí el peregrino se regocija con ella, la bendice, la felicita, implora, en fin, su protección poderosa mediante los alegres acentos de las Letanías acompañadas con el organo.

A las Letanías siguen las últimas oraciones que rezan los religiosos de rodillas y con los brazos en cruz. Ruegan, ante todo, por el Romano Pontífice, y después por los reyes cristianos, por la unión y concordia entre los principes, por el rescate de los Lugares Santos, por todos los religiosos, por el Car-

denal protector de la Orden, por el Patriarca de Jerusalén, por el Guardián de Monte Sión, por los peregrinos, por los navegantes, por los pecadores, por los bienhechores de la Orden, por la conversión de los infieles, extirpación de las herejías, salubridad del aire, por todas las necesidades espirituales y corporales, y, finalmente, por las benditas almas del Purgatorio, ¡Qué sea para siempre bendita esta ternisima devoción que, oponiendo cada día à la divina justicia armada contra las iniquidades del mundo, la víctima immaculada de propiciación, detiene los castigos que tan justamente merecemos y hace correr por el universo entero un río immenso de misericordias!

Terminadas estas últimas oraciones, se dirigen los Padres al refectorio para hacer colación. Digo colación y no cena, en atención á que en Tierra Santa se ayuna las dos terceras partes del año. Por lo demás, casi se puede decir que en el convento del Santo Sepulcro es perpetua la abstinencia, ya por la cantidad ó bien por la calidad de los manjares.

Al salir de esta refección, llamémosla así, que no dura más de un cuarto de hora, los religiosos que lan libres. Unos vuelven á la Sagrada Tumba, otros al Catvario con José y Nicodemo, ó á la capilla de la Invención de la Santa Cruz, ó bien van á postrarse delante del Santísimo Sacramento. Cada uno se dirige al lugar hacia donde siente más devoción.

Después se retiran á sus celdas hasta el primer toque de campana que á media noche volverá á llamarles á maitines, seguidos de los del Oficio Parvo que se reza entero cada día.

VII

La noche en el Santo Sepulcro. - Los cismáticos.

Además de la asistencia casi incesante al coro, tienen también que atender los Franciscanos en el Santo Sepulero al servicio de los peregrinos. La mayor parte de éstos quieren, no sólo comulgar en la Basílica, sino también confesarse y llorar sus culpas en el mismo lugar en donde fueron expiadas. Para cumplir esto más á satisfacción, suelen pedir el que se les deje pasar allí una noche, favor que se les concede liberalmente